

Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

LUIS CALVO Y REVILLA



Imitando el teatro
del siglo de oro.
este Calvo y Revilla
vale un tesoro

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—La devoción, por José Estremera.—Modus vivendi, por Juan Pérez Zúñiga.—La peinadora, por Eduardo de Palacio.—La operación, por Rafael Torromé.—S. M. el público, por Sinesio Delgado.—Uno de allá abajo, por Luis González Gil.—Pesca infructuosa, por Fermín Sacristán.—Misterio, por Francisco Aguado Arnal.—Sólo quisiera, por J. Sanjuán y Cava.—¡Qué lastima!, por Sixto Celorrio.—Palique, por *Clarín*.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Luis Calvo y Revilla.—Variedades.—Anuncios, por Cilla.



Nadie duda ya de la ciencia antropológica.

Lombroso, Ferri y otros sabios aseguran que el hombre criminal deja ver claramente en su fisonomía ciertos rasgos característicos, que le delatan.

Hay vicios de conformación en el cerebro humano que obligan al hombre á cometer crímenes espantosos. Se ha observado que la depresión de la frente es síntoma de crueldad y que los chatos son irascibles, aunque honestos.

Yo tengo un amigo que se dedica á estudiar este importante asunto, y ha hecho observaciones muy curiosas, que pueden dar mucha luz y evitar muchas desgracias.

De las observaciones de mi amigo resulta que el hombre de orejas grandes suele ser aficionado á los juegos de prendas. Los narigudos propenden al amor y al abuso del bicarbonato. Los de pómulos salientes se dedican, por lo general, á la música alemana y al vino tinto. Toda mujer velluda acaba, en la mayoría de los casos, por poner casa de huéspedes.

La tendencia á apoderarse de lo ajeno contra la voluntad de su poseedor se determina por medio de un granito verdoso que suele salir en la mejilla izquierda; y en corroboración de esta teoría cítase gran número de casos.

No hace mucho tiempo que fué sorprendido con las manos en la masa cierto joven aristocrático y poseedor de una cuantiosa fortuna; sus amigos habían notado en aquel rostro la presencia del granito delator y vivían en constante alarma. Una noche el joven fué conducido al gobierno civil, acusado de robo. Se le había encontrado en una carbonería de la calle de Ministriles sus trayendo puñados de cisco y ocultándolos en los bolsillos del gabán. En otra ocasión fué sorprendido robando un sombrero hongo perteneciente al fosforero del café Inglés.

Por regla general los cargados de espalda tienen ideas extravagantes. Cuéntase de uno de éstos que metía la cabeza dentro de un saco de noche y se sentaba en el suelo, esperando, según él, que desapareciese la forma poética. Otro también cargado de espaldas había tomado la costumbre de sentarse encima de una cómoda, y allí comía y bebía y se afeitaba.

—Yo no me fio de los hombres cargados de espalda—me decía cierto sujeto muy observador y muy aficionado á la antropología.

—¿Por qué?

—Porque suelen tener pensamientos rarísimos. Á mi casa iba uno, que parecía muy buena persona, y de la noche á la mañana comenzamos á notar que enflaquecía y se pellizcaba silenciosamente, hasta que acabó por declararse á mi suegra y por querer robarla en complicidad con el sereno.

No cabe duda que todos los sujetos de faz angulosa son glotonos empedernidos. Días pasados fuimos á visitar á un reputado autor dramático, que tiene el rostro acabado en punta y las mandíbulas salientes, y nos recibió en la cama vuelto hacia la pared.

—Dispense usted que le reciba de espaldas—nos dijo,—pero estoy muy ocupado.

—¿Qué hace usted?

—Nada. Comerme un queso de bola.

—¿Y no le hace á usted daño?

—No señor, porque lo como con pan. Ya estoy en el tercer panecillo.

Uno de estos seres angulosos, que hoy está arruinado, solía tomar el chocolate en una palangana, y una noche los agentes de la policía le sorprendieron tratando de meterle el diente á un niño de seis años detrás de una puerta.

El que llega á adquirir un perfecto conocimiento de los hombres, gracias al estudio, se libra de muchos desengaños. Hay personas instruídas que clavan los ojos en la faz de cualquiera y le dicen á usted al oído:

—¡Mucho ojo con ese caballero!

—¿Por qué?

—Porque tiene la nariz en forma de salchicha.

—¿Y qué?

—Todos los que tienen la nariz de esa forma son arrebatados, suspicaces y crueles. Observe usted cómo se suena. ¿No ha notado usted que cuando tose pone la mano delante? Pues ése es un síntoma de perversión moral. Todo el que no tose francamente es persona de malos sentimientos y por lo general se casa tarde.

Las teorías de Lombroso han extraviado á D. Eleuterio, un pobre diablo que va á nuestra tertulia del café y me dice á lo mejor:

—¿Ve usted aquel caballero que está en aquel velador? ¿Se ha fijado usted en el dedo gordo de su mano derecha? Lo tiene torcido, ¿verdad? Pues ese hombre es un bribón; está demostrado que los dedos defectuosos acusan en el individuo cierta predisposición á los golpes domésticos. ¿Quiere usted apostar algo á que ese hombre maltrata cruelmente á su esposa, siendo ella una santa?

Yo sé muy poco de todo esto y todavía no he logrado descubrir en la fisonomía de mis conocidos la cosa más insignificante. Por el contrario, todos los días sufro alguna decepción lastimosa.

Hace un año que vino á pedirme cinco duros cierto sujeto, y me ofreció devolvérmelos al otro día.

—Tiene una cara muy noble—me dije yo.—Esa frente espaciosa indica cierta sinceridad que tranquiliza...

Sí, ¡buenas y gordas! No sólo no me ha devuelto los cinco duros, sino que además anda diciendo por ahí que soy feo.

¡Para que se fie nadie de las frentes espaciales!

LUIS TABOADA.

LA DEVOCIÓN

I

Desde su más tierna edad fué la madre de Carlota la cristiana más devota de toda la cristiandad.

Y para salvarse y para hallar en todo consuelo, no había santo en el cielo á quien ella no rezara.

Tuvo por preocupación eterna, constante y fija hacer que fuera su hija de su misma condición.

Y la muchacha, al llegar á los diez y seis años, ya los juegos infantiles olvidaba por rezar.

Y con un gozo infinito la sorprendió muchas veces la madre alzando sus preces á San Antonio bendito.

—Bien, hija, eres un modelo, la buena madre decía; yo sé que tú, vida mía, tienes que ganar el cielo.

II

Á su madre una mañana dijo Carlota:—¿Qué tal le parece á usted Pascual, el hijo de Sebastiana?

—Muy bien: como él no habrá dos; ¿para qué cansarle más, es un muchacho modoso,

recogido, religioso y temeroso de Dios.

—Igual me parece á mí, y por eso el otro día me dijo si le quería, y yo le dije que sí.

—Puesto que eso hoy ó mañana tenía que suceder... bien; con Pascual podrás ser esposa y buena cristiana.

Y Carlota ¡es natural! al saber tal opinión, tiene gran satisfacción en ser novia de Pascual.

III

Pero, con honda tristeza, la madre hace tiempo nota que la pícara Carlota, con el noviazgo, no reza.

—Hija, ¿te vence el demonio? le dijo. Porque he notado que ya tienes olvidado al bendito San Antonio.

Con rubor en el semblante contestó:—No, madre mía; yo á San Antonio pedía que me diese un tierno amante.

—¡Y ya no le rezarás!

¡Y me lo dices así!

—Si me dió lo que pedí,

—Muy bien: como él no habrá dos; ¿para qué cansarle más?

JOSÉ ESTREMER.

MODUS VIVENDI

Señores, vengo observando desde mis años más tiernos que el hombre generalmente suele dedicarse á aquello para lo cual no reúne condiciones, y hay sujetos que, en lugar de su camino, siguen el camino opuesto. ¿Que Fulano, á los tres meses, con un pedazo pequeño de jabón y un cortaplumas hace el busto de su abuelo, que parece que está hablando... de Calomarde? Pues bueno, sus padres van y lo meten á notario... ¡y tan contentos! ¿Que Mengano nace (el pobre) hablándole á Dios en verso y pide teta en quintillas y en romance pide... aquello, y en seguidillas lo acaba, sin costarle gran esfuerzo? Pues, no hay duda, me le cogen y me le hacen relojero. ¿Que Zutano sale al mundo dándole á su madre el quiebro y le pone á la portera banderillas al cuarteo, y en cada pariente suyo ve, por instinto, un cabestro? Pues, ya se sabe, Zutano canta misa, andando el tiempo. ¿Que Perencejo se muestra con garganta de jilguero

y da el sí bemol de vientre (que aún es más que el do de pecho) y puede hacer su fortuna cantando *Fausto y Oteilo?* Pues... á la repostería dedican á Perencejo. En suma, de estos absurdos el mundo se encuentra lleno; y es lo malo que, ya grandes, también mostramos empeño por dejar nuestros oficios y tomar otros diversos para los cuales maldita la vocación que tenemos. ¡Hay tanta gente que lucha contra su instinto!... En efecto, vemos curas que hacen botas, magistrados que hacen quesos, boticarios empeñados en tocar el violonchelo, vicecónsules, que salen al campo á buscar insectos, é individuos de la ronda de alcantarillas haciendo críticas ¡ay! de teatros que á Dios encienden el pelo. ¿Y ustedes no han visto seres que sólo sacan talento para vivir en la holganza, dando sablazos al verbo? ¡Pues esos son de seguro los únicos caballeros que no dejan el oficio aunque se caigan de viejos!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

LA PEINADORA

(GÉNERO LIGERO)

La ley de herencia es temible, pero se cumple siempre. Un individuo cuenta entre sus antecesores un salteador de caminos y canales, supongamos. Pues mañana se lanza el individuo á robar transeuntes, y la ley moral, si no la jurídica, le declara irresponsable ó poco menos. No es culpa suya, es funesto legado de papá ó de algún abuelito paterno, materno ó subalterno. Es la ley de la herencia, la selección natural y demás. He conocido dos casos. Don Zenón era un santo mientras no se incomodaba, pero le incomodaban los moscas. Su esposa era preciosa y joven: veinte años. Don Zenón pudiera haber pasado por su padre, y á poco, por su abuelo. Cincuenta años como cincuenta soles con manchas contaba el hombre. Su vida había sido un tanto agitada. Sirvió primeramente en el ejército en clase de recluta forzoso. Pero intrigas, que tanto abundan en la milicia, le cerraron el paso al ascenso y no llegó ni á cabo. Era su mayor elogio. He sido siempre un carácter, ó un *carácter*, que así decía. Pero con *carácter* ó sin él, logró en Cuba, donde empezó sirviendo como soldado y acabó como paisano tabacalero y rico, reformar hasta el *carácter* de la letra. Como que aprendió á escribir de viva voz. Esto es, al dictado. De regreso en España, fijó su estancia en Madrid, y aquí fué ella. Digo, aquí tropezó con ella, que era una niña preciosísima, que vivía con una hermana de la madre, única persona que quedaba de la familia. Vivían modestamente, gracias á una pensión de la tía, que era viuda de un funcionario de Hacienda muy aplaudido. Don Zenón conoció á tía y sobrina en la calle. Las siguió, les habló, le echaron á paseo, y... Volvió á insistir. Sudores de muerte pasó el enamorado indiano antes de conseguir que le atendieran. Pero su constancia y su laboriosidad le franquearon el paso. La tía, reconociendo que aquél era un partido ventajoso para la chica, y ejerciendo sobre ésta suma influencia, la convenció aunque difícilmente. Matrimonio feliz si no hubiera existido la ley de la herencia. Pasó un año, y el indiano esperando siempre el fruto de bendición. Pasó año y medio, y nada. Un día, cuando llegó á su casa Zenón, salía de ella una joven hermosa.

Más hermosa que su mujer le pareció, lo cual ningún hombre de bien hubiera sostenido.

—¿Quién es esa muchacha?—preguntó, procurando ocultar cierto interés.

—La peinadora—se apresuraron á responder tía y sobrina.

—Pues me gusta la peinadora—pensó Zenón.

Transcurrieron algunos días, y cuando el indiano regresó á su casa, estaba en ella la peinadora.

Entonces se apresuró á saludarla.

¡Qué chica tan tímida!

Respondió con una sonrisa y «un gracioso mohín,» como dicen los articulistas poéticos.

La esposa de Zenón y la tía sospechaban algo, pero no se daban por entendidas.

Zenón estaba fuera de sí, no pensaba más que en la peinadora.

—¿De dónde habéis sacado esa muchacha?—preguntaba á su esposa el calavera.

Continuaron así las cosas.

La peinadora desapareció.

Pero Zenón se propuso buscarla, y consultó con la portera de la casa.

Una hora después, ya lo sabían la señora y su tía.

Pues bien, un día, ¡día triste! cuando regresó de un viaje Zenón, inesperadamente volvió á encontrarse con la peinadora.

Un beso apasionado, aprovechando un momento en que se halló sólo con ella, fué la primera insinuación.

La segunda, un sopapo que le sacudió la peinadora «con toda su alma.»

Afortunadamente llegaron á tiempo tía y sobrina para restablecer el orden.

La peinadora no volvió á la casa.

Tomó la determinación la señorita de salir á peinarse fuera de casa.

Hasta que cierto día la encontró D. Zenón con un hermano de la peinadora, que era, no ya fotografía, sino su misma cara y su misma figura.

Pues aún no dió con la charada.

Es la ley de la herencia, y no habrá quien la niegue.

El padre de D. Zenón había sido lo mismo.

Así la madre le decía al niño:

—Si has de ser como tu padre, más te vale morir de becerro.

EDUARDO DE PALACIO.

LA OPERACIÓN

Se hallaba un médico enfermo, y á otro médico llamó, porque un clavo saca á otro y un doctor á otro doctor. Eran los dos afamados y eran rivales los dos, que en llenar el cementerio se hacían la oposición. Junto al lecho del paciente su compañero llegó, reconociendo los síntomas de aquella grave afección. Tenía un carrillo hinchado con encendido color y algo de fiebre, causada por aquella inflamación. —Ya ve usted, dijo el enfermo, esto es más claro que el sol: un ramo de crisipela; de ella mi padre murió, y este dato hereditario fortalece mi opinión. —Se engaña usted, dijo el otro, padece usted un error. —¿Y qué enfermedad es ésa? —Digo que esto es un flemón. —¡Un flemón! ¡Qué disparate! ¡Si no me causa dolor!

—Yo le digo á usted que sí!
—Yo le digo á usted que no.
—Usted es un mentecato.
—Y usted es un impostor.
—Usted no sabe una jota.
—Y usted aún menos que yo.
De este modo fué subiendo de punto la discusión, hasta que el sano al enfermo le dió un puñetazo atroz en la parte del carrillo que acusaba la afección. En aquel punto, el doliente varias veces escupió, y examinando el esputo, dijo al otro: —Sí, señor, ya veo que me he engañado: lo que tengo es un flemón. —Se lo he revertado á usted. —Muy agradecido estoy. Cuando usted padezca alguno, llámeme usted.
—¡Ay, doctor!

respondió el otro colega con muy afligida voz. Yo tengo suegra... y mi suegra ya me hará la operación.

RAFAEL TORROME.

S. M. EL PÚBLICO

(FÁBULA)

Á juzgar una pieza de concierto se reunieron cuatrocientos burros, que al final dictarían un fallo inapelable y absoluto. Los animales, al sentirse juces, reventaban de orgullo, y tal se envanecieron, que no quiso su incompetencia declarar ninguno.

Dió el maestro dos golpes con la batuta, y empezó el prelude; un cántico de amor, dulce al principio, después ardiente y al final impuro. Violines y trompas simulaban

VARIEDADES



—Bien puedo decir ahora
que no hay hombres para mí...
¡Con quince luché en Zamora,
y á los quince los vencí!



—¿Usted cree que vendrán aquí los dinamiteros? Por-
que yo tengo un reloj, recuerdo de mi padre, y sentiría
que hubiera en casa una explosión y se rompiera el cristal
de la tapa.



—Se va usted á comer ahora mismo estos puños.
Si le diera á usted lo mismo un plato de albondigui-
tas...



—Crea usted á un amigo,
doña Isidora:
¡quien no llora, no mama!
y usted no llora...



—¡Rediós! ¡Otra vez el frío! Se prepara
uño para la primavera, y viene la Provi-
dencia y le echa la contraria.

espasmos de placer, quejas y arrullos; las notas se escapaban de las cuerdas, llenando el aire y alegrando el mundo. Magnífico era aquello. Parecía mágica vibración del genio oculto; pero, apesar de todo, los pobres asnos se aburrían mucho. Como era de esperar, vino á la postre la tempestad de coces y rebuznos, se irritaron los jueces, y por poco la emprenden á bocados con los músicos. Rodaron los atriles por el suelo y á sus establos se marchó el concurso, renegando de aquella jerigonza de leyes de armonía y contrapunto. Y entretanto el maestro se retiraba cabizbajo y mustio, diciendo en su interior: —Me he equivocado: ¡el público no yerra! El fallo es justo.

.....
 ¿Se juzga el arte así? ¿Se forma un sabio de cuatrocientos animales juntos?
 Si eran borricos todos, ¿dejarían de ser borricos porque fueran muchos?

SINESIO DELGADO.

UNO DE ALLÁ ABAJO

Todos le conocéis: ¡le habréis visto tantas veces en el casino, en la calle ó en el teatro! Yo, por mi parte, aseguro que le encuentro en todos los sitios públicos á que asisto.

En su tertulia del café, sólo él habla; los demás le escuchan como á un oráculo y permanecen suspensos, extasiados ante aquella verbosidad prodigiosa y persuasiva que salta de unos á otros asuntos como una cabra sobre riscos. Cuando el idioma no le presta palabras, se expresa con gestos y ademanes, los ojos giran en sus órbitas y los brazos se agitan desesperadamente.

Por la calle, cuando va solo, anda con rapidez que denuncia precisión de llegar pronto á algún sitio; pero no lo creáis. Vedle, ya se detiene, esperando que se cruce con él una linda rubia, á quien mira con ojos de gavilán. Al pasar á su lado, se inclina hasta tocarle el oído con sus labios, y le dice *algo*, con tristeza honda, muy honda, como si la sintiera, para que llegue al corazón de la hermosa aquel disparo de galantería. Después sigue de nuevo su camino sin acordarse de ella.

Si os encuentra al paso, os detiene y se sonríe de felicidad porque os ve después de tanto tiempo... ¡casi doce horas! Y ya lo sabéis, *os quiere siempre, siempre; «dejaos ver, ¡qué demonio!»* Os abraza y os da cigarros, y si queréis os acompaña, aunque tenga que abandonar sus asuntos.

Si sois amigos de él, *amigos de verdad*, y le referís vuestras desgracias, las siente como si fueran propias, y llora con lágrimas sinceras, de las que se olvidará una hora más tarde, pero que no puede evitar en aquel momento. *¡Él es así!*

¿Necesitáis su bolsillo, su brazo ó sus consejos? Pedidle lo que os haga falta, y lo tendréis en el acto.

En la mesa es un *gourmet*, en la lucha un león y entre damas un Tenorio.

En los toros, antes del despejo, se sitúa en el centro de la plaza, apoyado en su bastón *palasán*, con el sombrero colocado sobre el occipucio, contra todas las leyes de gravedad. A intervalos enristra sus gemelos como Amor sus flechas, y recorre con la vista las gradas y palcos, repletos de mujeres que él se come con los ojos. Después pasa á su barrera del uno, y cuando empieza la lidia, apostrofa al presidente, amenaza á los picadores, tira el sombrero á Rafael, disputa con los del tendido, saluda á gritos á uno que está *en el diez*, tiene ocurrencias que el público celebra y miradas de asesino para alguna *mujercita de su alma* que desde una delantera le sonrío contenta y orgullosa como una sultana.

Le he visto otras veces en los conciertos, sentado en una butaca, absorto como un místico y saboreando con deleite la música de Wagner. Le entusiasma este autor, y en los entreactos discute acalorado con sus detractores. Desprecia á *Donizetti* y *Bellini*, por demasiado subjetivos. Dice que la música de Wagner es científica y transporta á hechos reales y tangibles las sonoridades del maestro alemán. Los que le escuchan se convencen y algunos le creen músico, siendo así que no conoce el pentágrama.

¿Y la pintura? En el Museo permanece extático ante los cuadros de los grandes artistas y señala *tal defecto* de colorido ó de composición; encomia las excelencias de la escuela sevillana y enseña á todos lo que él probablemente no ha aprendido.

Algunas noches da una vuelta por el Ateneo y forma corro con los literatos. Dice que ama á los clásicos, se sabe de memoria el teatro de Lope y el de Alarcón, y recita largas tiradas de versos que luego comenta, como si le importara algo todo aquello. Habla de Zola y de Daudet, que *le han hecho llorar muchas veces*, y se enfada con los líricos *reaccionarios*. La discusión se enardece al influjo de aquella elocuencia batalladora y penetrante, exagerada seguramente, pero que lleva en sí el calor y la vida, comunicándolos á todas partes.

Los días de estreno asiste al teatro, á una butaca de callejón.

Si el autor es su amigo, aprueba desde las primeras escenas las ingeniosidades de la letra ó los primores de la música. *Muy bien, muy bien*, dice en voz alta para ser oído y mirando á todas partes como si quisiera imponer su opinión, al mismo tiempo que retuerce las guías de su bigote, afiladas y brillantes como puntas de bayonetas.

Si no conoce á los autores, entonces se va con los que protestan. *¡Fuera! ¡fuera! ¡Eso es muy malo!* grita, y cuando un actor se adelanta para decir de quién es la obra, se indigna, dice *que no ¡no!!!* con la boca, con los ojos y con el bastón, que agita en el aire como antiguo tambor mayor en día de parada.

Pero todo eso dura un momento: diez minutos después ya no se acuerda del estreno, ni del autor, ni le importa nada todo aquello.

Su impresionabilidad es tal que las ideas pasan por su cerebro como las figuras de un kaleidoscopio ante la retina. En una hora la misma mano da limosna al pobre, abofetea á uno que le ofendió, toca el agua bendita en la pila de un templo para ofrecerla á una dama y se desliza sobre el tapete verde para recoger cien pesetas ganadas en un entrés.

Parece que debiera faltarle tiempo para tantas cosas, y le sobra para todo. ¿En qué se ocupa?

No se sabe qué edad tiene, porque por él *no pasan años*: lo mismo puede tener veinticinco que cuarenta. Va correctamente vestido y es pulcro hasta la exageración; no lleva una mota.

Si alguna vez ha hablado de sus padres, hizo creer que fueron virreyes, ó algo más; y lo decía con tal tono de amargura que nadie pudo continuar un tema tan enojoso. Es posible que él lo soñase alguna vez, y dé por cierto que, nuevo D. Alvaro, la fatalidad le ha traído á una sociedad muy inferior á su ilustre alcurnia. A los ojos del mundo pasa por hombre muy *fin de siglo*, y él mismo se tiene por eso, cuando en realidad es sólo un romántico, un visionario, á quien los hombres de ciencia colocarán no sé si en el grupo de los parálíticos ó de los histéricos.

Pero ¿quién no le envidia? Su imaginación exaltada es un baluarte en donde no penetran las amarguras de la vida. ¿Qué puede apenarle?

¿Se le habrá ocurrido alguna vez pensar en la muerte?

Yo creo que no. Pero aunque haya pensado en eso, ¿qué importa?

Para él la muerte será tumbarse, mirando al cielo, en un confín de la Península, muy cerca de África, con el mar á sus pies; y mientras se saborea el aroma de un cigarro, fijar los ojos en aquella bóveda de azul pálido, ligera y sutil, como su imaginación, y verla entreabrirse para que se asomen dos ojos negros, una boca encendida y unas manitas blancas que den el último adiós tirando puñados de besos.

LUIS GONZÁLEZ GIL.

PESCA INFRACTUOSA

Despareció un gañán en Peñalperros y asesinado le creyó la fama, llenándose de cuentos las mil fojas de la oportuna causa.

Procesóse á un vecino desgraciado, sin que el cuerpo del muerto resultara, y en defensa del reo, su letrado largó esta perorata:

«Se ha buscado al difunto en todas partes, y el mismo procesado vió en su casa al juez, al escribano y alguaciles que constan en el acta.

Sospechó la justicia que en un pozo el presunto interfecto se encontraba, y aunque echaron el gancho los ministros, todo era sombras y agua.

Harto ya el señor juez de dilaciones, cogió los hierros sin decir palabra y, apesar de su celo en la maniobra, solo arañó las tapias.

Limpiándose el sudor y convencido de no haber en el pozo cosa extraña, dijo, dando el anzuelo al escribano:

— Á ver usted qué agarra.

Sonrió el aludido satisfecho, echó los garfios, los movió con ansia, y, seguro del éxito, decía:

— ¡A mí no se me escapa!

Creyó sentir un peso, izó ligero y... asómbrese la sala...

¡fué la primera vez que el escribano tampoco sacó nada!»

FERMÍN SACRISTÁN.

MISTERIO

Las monjas del Negro Manto no cesaban de rezar, ¡y vaya usté á averiguar por qué rezarían tanto!

Mientras hacían los ricos platos de dulces natillas y adornaban las capillas ó bordaban accericos,

siempre orando con fervor
estaban las religiosas,
como si orando, estas cosas
fuesen á salir mejor.

Había mil opiniones,
algunas estafalarias,
sobre sus muchas plegarias
y excesivas oraciones.

Curioso y aficionado
á indagar y discurrir,
la causa quise inquirir
de rezar tan continuado.

Mas en balde la cabeza
me rompí con tal quebranto,
y... ¡nada! en el *Negro Manto*
según reza que reza.

Pero supe cierto día
que el estrecho reglamento
que regía en el convento
hablar no les permitía.

¿Siendo mujeres callar?
Pues ya me lo explico todo:
¡las monjitas, de algún modo
se habían de desahogar!

FRANCISCO AGUADO ARNAL.

SÓLO QUISIERA

Unir en dulce lazo
mis brazos á su cuello en un abrazo,
abrasarme en el fuego de sus ojos,
besar sus labios rojos
y, así, *con ansia loca*
aspirar los perfumes de su boca.
¡Todo esto, para mí, sería un cielo!
Un cielo, porque Estrella no es de hielo
y, si me concediera lo que pido,
con poco que ayudara el dios Cupido,
se ablandaría el corazón de Estrella,
y luego... ¡luego pediría ella!

J. SANJUÁN Y CAVA.

¡QUÉ LÁSTIMA!

Para un concurso anunciado
no recuerdo en que nación
pintó un artista afamado
la imagen de la ocasión.

Era la imagen citada
una mujer hechicera
de expresión muy agraciada
y *abundante cabellera*,
que con un traje pariente
del que usó San Sebastián
dormitaba dulcemente
sobre anchuroso diván.

El cuadro á primera vista
causó gran admiración
y fué elogiado el artista
por su hermosa producción.

Si encerraría primores
el lienzo que... ¡caso raro!
hasta los opositores
lo aplaudían sin reparo,
y era público el rumor
de que imagen tan preciosa

le aseguraba á su autor
la distinción más honrosa...

Llegó el día señalado,
fué en aumento la impaciencia
y reunióse el jurado
para dictar la sentencia.

Mas del fallo sin premiar
salió aquel lienzo notable,
y esta omisión dió lugar
á un conflicto formidable.

La prensa contra los jueces
se desató en improperios
y ocurrió lo de otras veces,
que hubo disgustos muy serios.

Hasta que, hartos el tribunal,
probó de modo evidente
que su fallo era imparcial,
dando la razón siguiente:

«Premiar la tal producción
era todo nuestro anhelo,
pero... ¿cuándo á la ocasión
se la ha pintado con pelo?»

SIXTO CELORRIO.

PALIQUE

POZUELO.....

Á la hora en que escribo estas cortas líneas—metido en un
tren que parece que tiene el baile de San Vito—estarán leyendo
en el Ateneo una memoria titulada así: *Naturaleza de las obras
artísticas*. Así, las cosas claras, concretas y sin vaguedades.

Yo no lo entiendo, ni me importa, puesto que me voy de Ma-
drid, como dejo dicho; pero ya verán ustedes cómo eso de la
naturaleza para en que las obras artísticas están llamadas á
desaparecer.

Sea como quiera, tengo entendido que ha pedido la palabra
para consumir un turno Donato Jiménez, ó sea *Don Juan*, el
padre del *Hijo de Don Juan*, de Echegaray. Los que hayan visto
el drama recordarán que Donato lee en el segundo acto un pe-
dazo de estética de Kant, y con aquello de la *finalidad sin fin*,
se va ahora á discutir si las obras artísticas tienen ó no su na-
turaleza en su armario. Otros *consumidores* de turnos irán al pa-
lenque menos preparados que el apreciable *barba... cana* del tea-
tro Español.

OLMEDILLA (?) tres minutos.

Según *La Correspondencia*, parece ser que quien tiene la culpa
de todas nuestras desgracias, llamémoslas así, en las Carolinas
orientales son los misioneros metodistas.

Pues hombre, buen remedio: que manden á esas islas ó á
otras que estén más allá de las Islas Filipinas al Padre Blanco
y al Padre Muiños, que son los frailes menos metodistas, ó séz-
se más desordenados del mundo. Desordenados literariamente,
entiéndase. No digo desordenados en comer y beber y arder.

Según un periódico, al ganado español le han puesto dificulta-
des para su entrada en el Reino Unido.

¿Y qué ha dicho el ganado?

Es de esperar que se haya mostrado digno del nombre que lle-
va, y que se haya conducido con energía, alta la frente, ó ga-
cha, según el caso. ¡Dios mío! ¿Qué nos queda si también se pi-
sotea el honor de nuestras *ganaderías*?

Si eso se complica, el duque de Tetuán debe enviar al Reino
Unido una comisión de Veraguas con plenos poderes, ó sea el
cuerno libre.

Un joven *blondo, frele* y pálido, como decía un traductor que
á traducir así lo llamaba *inspirarse en* un autor francés; digo
que un joven de las apuntadas circunstancias, y vestido de ne-
gro, penetra en mi coche. (Es decir, el coche es de la Compañía
del Norte, y ya se conoce, porque los caloríferos son dos témpa-
nos de hojalata.) No hablamos. Pasa media hora. El joven sus-
pira. Soy novelista experimental, aunque indigno, anhelo saber
qué le pasa al joven *blondo y frele*. *Median explicaciones*.—¿Se le
ha muerto á usted algún pariente? me atrevo á preguntar.—
No, señor; pero lea usted esta carta de mi padre.—Me da la car-
ta. Dice así: «Querido hijo Pe: Soy viejo, tengo achaques, la
muerte no puede tardar. Ya sabes que me gustan las econo-
mías. Aunque hoy por hoy me siento bien, no importa. Ven á
despedirte de tu padre antes que el precio de los billetes aumen-
te en un doce por ciento. De todas suertes, la vida es un soplo,
y eso se ahorra. Tu padre, Pe.»—¿Su padre de usted se llama
Pepe? dije yo.—Sí, señor, y yo también: él usa una sílaba y yo
la otra...

SEGOVIA.....

Medianoche... ¿En qué habrán quedado en el Ateneo? ¿Ten-
drán ó no tendrán naturaleza las obras artísticas?... (Me duer-
mo.) (Picos nevados. Decoración *Ibsen*.)

CLARÍN.



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Terror de los lectores.—El romance
resulta fácil y fluído y terso,
pero es tan fútil, tan pequeño el lance,
que no merece que se cuente en verso.

Fray Lego.—Pues señor, me he convencido
de que no mide usted como es debido.

Un suscriptor.—¡Caramba! ¡Otra te pego!
Le pasa á usted lo mismo que á *Fray Lego*.

D. M. P.—Valencia.—Poca cosa.

Rataplán.—Pues yo creo
que con paciencia, estudio y buen deseo
llegará usted al cabo... á mariposa.

Paitos y Palotes.—¡Oh, la suegra!
¡Cuántas cosas le han dicho parecidas!

R. S.—¡Las sombras *encendidas*!
¡Diga usted entonces que la llama es negra!

A. T.—Valladolid.—Es muy picante,
porque ese picador... pica bastante.

L. G.—Por extensa solamente.

Un pedigüeño.—¡Diantre! No aprovecha,
¡porque es tan inocente
lo de esa maritornes que pelecha!

El as de espadas.—¡Ay! *Semana y cama*,
según muchas personas importantes,
están, y con razón, brama que brama
porque Dios no las hizo consonantes.

Mollete.—Todavía
no atiende usted al ritmo como debe.

Catasaisas.—¡Pues si es eso poesía,
que te coja el demonio y que te lleve!

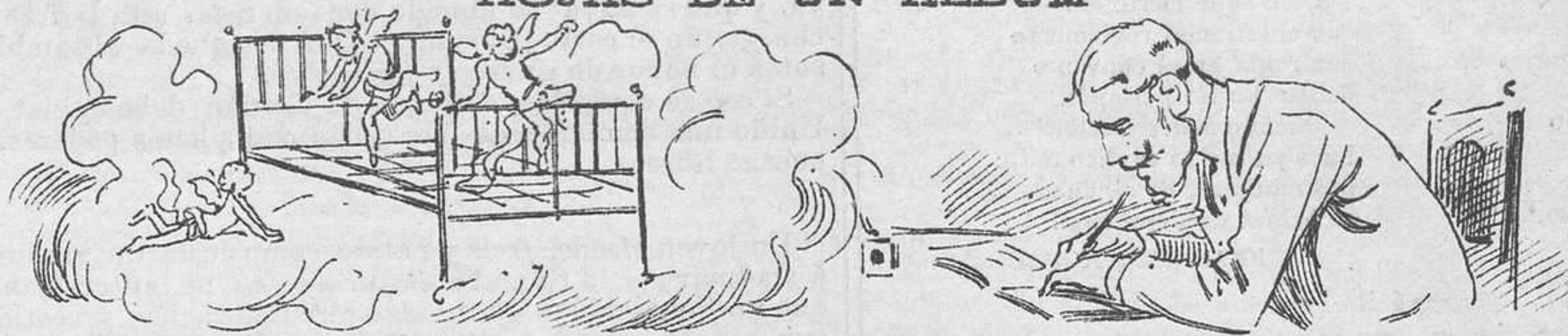
Homero.—Que hace coplas demostrando
que *dormitat Homerus aliquando*.

Minerva.—No hay de qué, señor *Minerva*;
esas estrellas *dulces* no las paso,
porque no son estrellas. ¡En tal caso
serán melocotones en conserva!

Don L. B.—Valencia.—Mal asunto,
pero usted versifica.

El manitas de piel.—Dirá la chica
de su esposo presunto:
¡Qué bárbaro! ¡Qué cosas me dedica!

HOJAS DE UN ALBUM



Invitado para servir de portero en este álbum, destinado á una mujer hermosa, no se me ocurre más que este pensamiento verdaderamente sublime: ¡Señora! no duerma usted en cama alguna que no sea del Bazar de la plaza de la Cebada, número 1.

Un sibarita.



Tus ojos me dan enojos...
¡no permitas que me miera
sin que me vean tus ojos
con pantalón de *Pesquera* (1).

(1) Magdalena, 20.

Un gomoso.



Tu aliento, niña galana,
me causa tanto placer
cual perfume de la *Per-
fumería Americana* (1).

(1) Espoz y Mina, 26.

Un poeta lánguido.



Yo no tengo inspiración,
niña de mi corazón...
¡no la tengo sin beber
Cognac fino de Moguer (1).

(1) Avansays.—Carmen, 10

Uno que lo entiende



¡Mi camisa es de *Martínez* (1);
pero por una sonrisa
de esos labios de *jazmínez*
me quedo sin la camisa.

(1) San Sebastián, 2.

Un andaluz.



¿Quiere usted tener blancura
en los dientes, desde ahora?
¡Compre usted una dentadura
de *Tirso Pérez* (1), señora!

(1) Mayor, 73.

Un ángel con alas.



Salgo de *Las Tullerías* (1),
donde he comido muy fuerte;
no estoy para poesías.
¡Bendita sea mi suerte!

(1) Matute, 6.

Un gloión.



Por usted mi pensamiento
es como un reloj de *Brañas* (1):
la sigue por todas partes
y los golpes no le paran.

(1) Matute, 12.

Un romántico.



Como el *Arganda mágico*
me es usted de simpática,
y el *Arganda legítimo* (1)
me gusta mucho, ¡cáspita!

(1) Barco, 10.

Un sabio.



Yo soy un joven intonso
y no entiendo de estas mi as,
pero gasto la camisas
de las de *Arviza y Alonso* (1).

(1) Plaza de Santo Domingo, 18.

El colegial de envuelto.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPañIA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRALO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO